

EL CULTIVO DE LA VOLUNTAD

Por ALFONSO FRANCISCO RAMIREZ

Palabras preliminares. — Escribe el notable penalista español don Luis Jiménez de Asúa, que “la juventud de hoy cree tener un perfil propio; se siente radicalmente diversa de la madurez imperante; desconfía de las organizaciones políticas y sociales vigentes, y cree llegada su hora de operar”. Efectivamente: es la nuestra una época en que se acusa con marcado relieve la entusiasta y noble actividad juvenil, que desbordándose de las aulas universitarias en que viviera clausurada antaño, se derrama impaciente y generosa por las planicies del mundo a la manera de un suave resplandor de madrugada que se apresura a teñir los horizontes de nácar y de oro, aun antes de que rompa triunfal y perfumada la mañana. El estudiante actual ya no espera concluir sus estudios para adentrarse brava y resueltamente en la selva oscura de la existencia, sino que, paralelamente a sus cátedras, consagra su energía creadora a todo linaje de actividades sociales, presentándose donde quiera que un dolor reclama el óleo de sus consuelos o un desaliento roto pide la luz de su esperanza. No aguarda a que sus armas se encuentren bien pulidas y templadas, sino que sale altiva y pronta a la defensa de sus ideales redentores llevando únicamente su abnegación y su fe, su dinamismo y su amor, como el Hidalgo inmortal de las pardas llanuras de la Mancha que revestido sólo con una armadura deleznable partió una clara mañana a defender el honor y el derecho villanamente ultrajado por malandrines sin decoro. Mas precisamente por su afán de acción, es la juventud solicitada desde muy temprano por causas, intereses, banderías y tendencias a cual más diversos; y de ahí que sea indispensable, para que no la venzan las tentaciones ni la fascinen las mentiras ni detenga sus ímpetus el momento gris de la desilusión, que endurezca su personalidad, afirme sus convicciones, dé transparencia cristalina a sus ideas, domine soberanamente sus sentimientos, ratifique sus levantados propósitos en el alborar de cada día; en suma: que adquiera y abrillante sin cesar esa virtud excelsa que se llama **carácter**. Debido a la complejidad de la vida moderna, el hombre se halla rodeado de múltiples elementos que estimulan su actividad, impulsándolo a la ejecución de actos infinitamente

variados. No basta, por lo mismo, que se dedique a la adquisición de conocimientos útiles y bellos, ensanchando con tenacidad el área de los mismos, sino que urge aprenda a querer, a modelar la arcilla áspera y rebelde de la realidad, para que así le sea dable cumplir su destino, sin hacer concesiones a la debilidad o a la inconstancia. Dice Spranger en un admirable libro sobre la "Psicología de la edad juvenil", que: "la juventud no sólo da derechos, sino que también impone deberes. Y aunque nadie la sujetase, impone deberes para con el propio futuro. La vida promete mucho, pero sólo a quien conserva el vaso limpio y el brazo tenso. Para que el sueño florido de la juventud no siga la más dolorosa decepción, es preciso que en toda la juventud resuene el sentido de aquellas palabras que parecen trocar extrañadamente la pretensión y la realización, lo que la vida nos promete, debemos cumplirlo a la vida". Únicamente alcanzan jugosa plenitud aquellos idealismos que están servidos por una energía inmutable, y sólo pueden responder a los inaplazables llamamientos del deber los espíritus que dejaron la escoria de la indecisión en la llama de un ejercicio incesante y metódico de la voluntad. Sin esta última, los altos propósitos y las verdades cintiladoras nunca se traducirán en bien, desvaneciéndose como las pasajeras nubes de verano que no descienden a fecundar con sus aguas los surcos sedientos; y después de haber dejado pasar la teoría de las horas sin concentrar en obras nuestros sueños, arribaremos al final de los años con las manos vacías; y al considerar que nada hicimos, tendremos que sufrir la misma amargura del anciano que describe Jean Paul en una página admirable, de aquel infeliz que estando próximo a la tumba, volvió la mirada sobre el panorama de su larga existencia, encontrando como saldo de ella errores, dolencias, remordimientos, un cuerpo cansado y un alma desolada. Los hermosos días de su juventud giran entonces como espectros a su alrededor y de nuevo lo transportan a la dulce mañana en que su padre lo puso por primera vez en la encrucijada de la vida. Y al comprender que había derrochado el divino tesoro del tiempo en divagaciones y proyectos, ansía rectificarse, volver a vivir para encaminar sus pasos hacia la acción imperecedera y gloriosa, exclamando en un arrebatado de angustia: "¡Padre! Ponme otra vez en la encrucijada de la vida, para emplearla de un modo diferente. ¡Padre!, devuélveme la juventud". Pero, desgraciadamente, es imposible recuperar los días perdidos; y si deseamos hacer algo bueno, necesitamos como antecedente forzoso poseer una personalidad definida y clara que pueda resistir indemne los vientos contrarios, sin inclinarse de uno y otro lado como gráciles espigas, es decir, necesitamos ser hombres de carácter.

El carácter. — La palabra carácter significa en griego, idioma de donde la tomó el castellano, algo así como sello, cuño, marca o divisa impuesta a las cosas. En este sentido no connota más que la etiqueta que distingue a unos seres de otros; pero no fue difícil, observa M. Saralegui, que "algún filósofo hiciera notar que también las personas tenían su etiqueta, su sello, su carácter, bien determinado en algunos signos inconfundibles. Estos signos inconfundibles son los que tenemos a la vista cuando nos referimos a la individualidad de cualquier-

ra persona. Entonces, ampliándose la denotación del vocablo, pudo decirse que todo el mundo tiene su carácter flexible y dulce, o severo y rígido; apocado y retraído, o atrevido y resuelto. Lo mismo el santo que el asesino, el avaro o el desprendido, llevan su carácter marcado". El término volvióse, pues, más rico de matices, y concentrándose originariamente a las cosas para indicar sus rasgos singulares, se hizo extensivo después a las personas con idéntico objeto. Arnaiz, en su *Diccionario Manual de Filosofía*, define este último como "el conjunto de rasgos o elementos psicológicos que dan por resultado la fisonomía personal y moral de cada individuo". El estudio del carácter es relativamente reciente en las disciplinas científicas. Stuart Mill propuso el nombre de etología (del griego *éthos*, costumbre), para designar la ciencia del carácter, y mejor en plural: de los caracteres, para la más principal de la psicología sintética, llamada también diferencial o individual, porque se refiere a las diferencias individuales, en oposición a la psicología analítica o general, que estudia las facultades y grupos de fenómenos comunes a los individuos. Alejandro Bain publica más tarde un estudio sobre el mismo tema colocándose en un punto de vista distinto del de su maestro. El doctor Le Bon dió a luz después un valioso estudio, llamando la atención sobre cuestión de tan grande trascendencia. Se suceden en seguida las obras de Bernard, Fouillé, Levy, Hagemann, P. Malapert, quien compuso un grueso volumen publicado en español por la Biblioteca Internacional de Psicología Experimental, y las monografías recentísimas de Weis, P. A. Ey-mieu, Payot, Fasbender, Saralegui y otros copiosos ensayos publicados en revistas. La bibliografía no es muy abundante, y los resultados obtenidos adolecen de vaguedad e imprecisión científica, lo mismo cuando se trata de determinar la naturaleza y elementos constitutivos del carácter, que de la clasificación de los caracteres. Esto tiene su explicación ya que, según un notable publicista contemporáneo "el carácter, resultado complejísimo de las modalidades de la vida personal, variable en su combinación hasta lo infinito, es más accesible a la intuición sintética del arte que al análisis abstracto de la ciencia, y se expresa mejor en los recursos imaginativos y sugestivos del artista que en los secos formulismos científicos". Poniendo, pues, a contribución cuanto ha llegado a nuestras manos acerca de tan hondo problema podemos decir que el carácter individual se forma por el desenvolvimiento en la naturaleza humana, específicamente igual en todos los hombres, de elementos muy variados como son la herencia, la complejión física, la raza, el ambiente, la educación, el clima, las sugestiones sociales, la profesión, etc., y especialmente por las determinaciones de la voluntad. Todos los factores enunciados influyen indiscutiblemente sobre el individuo, mas no al grado, que anulen en él la libertad de decidir, pues de ser así desaparecería toda noción de responsabilidad moral, ya que los actos humanos serían el resultado fatal e inevitable de la combinación de elementos psíquicos o externos que harían ilógico el anhelo de perfeccionamiento. Nosotros no profesamos semejante determinismo que hace del vicio y de la virtud, según la clásica frase de Taine, productos químicos como el vitriolo y el azúcar y creemos que siendo de capital importancia y de innegable influjo, sus efectos

sobre la personalidad pueden limitarse —salvo los casos francamente morbosos— en forma tal que nunca llegan a abolir la libertad interior. La naturaleza, “nos da el carácter a medio hacer, en estado amorfo; la voluntad lo modela, contemplando o rectificando la naturaleza. En cierto sentido y medida, el hombre es el artífice que lentamente va labrando, en la práctica de la vida, su propio carácter”. Recuerdo a este respecto una exposición diáfana de Kohler: “De antiguo se ha observado que los motivos sólo muy parcialmente dominan la voluntad, y que en un grado mucho mayor se arregla ésta y configura a su manera el material dado por aquéllos, hinchando y abultando por una parte las razones influyentes que le cuadran y rechazando y haciendo desaparecer las razones contrarias que le son agradables. La voluntad puede acrecentar la fuerza de las ideas o razones que le sirven y desechar sencillamente otras y apartarlas por completo de sí: las unas son decuplicadas, de otras puestas en una perspectiva que las amengua y disminuye. De aquí resulta la independencia de la voluntad, pues aquí no está la voluntad dominada por los motivos, sino que ella misma tiene dominio sobre ellos”. Y si está dentro de nuestra posibilidad ir utilizando las influencias que solicitan nuestro ser, modificando éste en un sentido de mejoramiento y elevación, es posible modificar nuestra personalidad dignificándola y ennobleciéndola, para hacer el conjunto de características psicológicas con que la naturaleza nos dotó y sobre las cuales actúan los factores externos mencionados, un verdadero carácter en el sentido moral. A este último se refería Kant cuando escribía: “poseer carácter es disponer de aquella cualidad mediante la cual el sujeto se ata con principios prácticos determinados y que se ha propuesto de un modo invariable por su propia razón”. La palabra carácter en este último significado, ya no expresa el sello que distingue una cosa ni el complejo de rasgos que singularizan a un individuo, sino la suma envidiable de cualidades que hacen próceres y grandes a los hombres que las poseen, y que se condensan en dos notas sobresalientes: la consecuencia práctica y la estabilidad. Por la primera, la conducta se conforma al pensamiento, se hace lo que se piensa, se dice lo que se siente, sin transacciones acomodaticias y cobardes ni con la gloria, ni con el oro, ni con la fuerza; por la segunda, el acto bueno no es esporádico, ocasional, sino que se repite seriamente, en forma de hábito o de costumbre, hasta llegar a constituir la virtud. De nada habemos menester con tanta urgencia y nada despierta en más alto grado la admiración y el respeto, que el carácter. ¿Cómo podremos adquirirlo? Mediante el esfuerzo viril, perseverante y selectivo de la voluntad.

La voluntad. — Es ésta una facultad del alma, por la cual tendemos al bien y rehuímos el mal conocido por el entendimiento. Esta facultad recibe el influjo de incontables factores externos, cuyas impresiones puede encauzar debidamente, y asimismo la acción de apetitos y pasiones para cuyo control es apta. En la acción recíproca con las demás facultades anímicas y las causas externas, la voluntad es reina o esclava; si incapaz de dominarlas, juguete y sierva de ellas. Para que salga victoriosa en esta lucha tremenda y continuada es in-

dispensable cultivarla con diligente esmero a fin de hacerla enérgica, vigilante, activa, laboriosa, prudente y eficaz. Desgraciadamente se le presta poca atención, sin comprenderse que la verdadera cultura no consiste exclusivamente en la sabiduría, ni menos aún en esa erudición enciclopédica que desde temprana edad fatiga a muchos entendimientos obligándolos a recitar de memoria el contenido de cien libros, pero sin enseñarlos a pensar por cuenta propia con claridad y lógica, sino en el desarrollo simétrico del individuo, susceptible de ostentar, gracias a una educación integral, la proporción armoniosa y serena de una obra clásica. Es la voluntad el resorte mágico que nos permite crearnos un carácter, una fisonomía que se distinga del rostro desdibujado de los mediocres; el escudo que nos libra de los dardos de la inconstancia y de la pereza; la fuerza que impulsa el desenvolvimiento de nuestro yo, repitiéndonos las luminosas palabras de Plotino: "Llega a ser lo que eres". Para poseerla, haciéndonos mediante ella dueños de nosotros mismos, es imprescindible cuidarla como a una planta preciosa y rara. Voy a permitirme exponer algunas indicaciones a este objeto.

1) Conocimiento propio. — La famosa sentencia inscrita en el frontispicio del templo de Delfos, encierra una luz eterna de verdad. Si aspiramos al dominio de las pasiones y no a ser llevados ciegameamente por su oleaje, conozcámonos profundamente a nosotros mismos, y con la lámpara del análisis, penetremos en los jardines íntimos para ver cómo nacen los actos en las oscuras fuentes del deseo, cómo reaccionamos al contacto de los hombres y de las cosas, cómo nuestra inclinación dominante sabe suscitar habilidosamente pensamientos que la justifiquen y emociones que la favorezcan. Sin saber a ciencia cierta lo que somos, jamás podremos mutilar las raíces ocultas y lejanas de las flores del mal. Viviremos guiados por fuerzas misteriosas y seremos como un ciego que ignora cuanto le rodea, y lo que es más triste, que desconoce lo que lleva dentro de sí.

2) Vida interior. — Mas el conocimiento no es posible adquirirlo en el tumulto sonoro de las plaza pública, porque la meditación sólo rinde sus frutos en los serenos remansos de la soledad y el silencio. Ninguna especulación de importancia se puede llevar a cabo en el estrépito de las calles, de aquí la razón de dedicar algunas horas, aunque sea de cuando en cuando, al recogimiento reflexivo. Dice Maeterlinck en un libro muy bello, que: "el silencio es el elemento en que se forman las grandes cosas, para que al fin puedan surgir, majestuosas y perfectas, a la luz de la vida". Y penoso es decirlo, pero hoy por hoy, el hombre vive asomado a las ventanas de los sentidos, alentando una insignificante y desmedrada vida interior. De donde dimana la escasez de voluntades verdaderamente macizas, y en la zona intelectual, la falta de concepciones grandiosas que puedan parangonarse con las filosofías elaboradas por el genio pensativo y gigante de otros siglos. La superficialidad contemporánea hace que todo se fíe a la improvisación inconsulta, por lo que las escuelas literarias y científicas, carentes de médula y de doctrina sólida, se suceden vertiginosamente, apareciendo lozanas y llamativas hoy, y despectivamente olvidadas mañana,

pues dice el sabio prologo francés: "el tiempo no respeta lo que se hace sin él".

3) Tener un ideal. — Otro medio eficacísimo en la formación de la voluntad es proponerse un fin determinado, un amplio y generoso ideal por cuya realización luchemos sin descanso. Muchas claudicaciones e incertidumbres tienen su origen en que no se sabe lo que se quiere, en la ausencia de motivos suficientes que nos impelan a actuar. Pero cuando se tiene idea clara de ello, su mismo resplandor imanta nuestras voliciones, obteniendo que el entusiasmo se despierte, que la atención se concentre en el objeto perseguido, que la memoria deje en un sector de sombras las imágenes y recuerdos que le sean contradictores y saque a plena luz aquellos que son propicios a su cristalización. Uno de los anhelos más firmemente enraizados en el corazón humano es el afán de producir, que innegablemente constituye una manera de felicidad; y cuando no se le conserva ocioso, y antes bien se le vincula a la implantación de una finalidad bien determinada, es relativamente fácil lograr el servicio de una voluntad tesonera y firme, que venza inconstancias, ligerezas, vacilaciones e indecisiones, defectos psíquicos estos últimos que caracterizan a los apáticos e indiferentes, que en el canto III de la Divina Comedia llamó Dante "gente de lamentos que vivió sin infamia y sin gloria".

4) Constancia. — Como el fin de la voluntad no es sólo delinear proyectos ni tampoco la ejecución de un acto meritorio aislado sino crear en el alma hábitos de energía, es menester la repetición tenaz sin desaliento y sin fatiga. Escribe Fasbender que "lo más poderoso para las decisiones de la voluntad es la costumbre o hábito, por cuanto toda actuación deja huella en el alma". Esta huella se grava tanto más cuanto más fuerte sea la impresión que provocó en el alma la actuación y cuanto con mayor fuerza ésta se repitió. Aquí se verifica la ley general que domina toda clase de vida, y según la cual el desenvolvimiento se funda en que, en cada substancia, la disposición realizada viene a ser una fuerza que continúa obrando. Con la costumbre viene la facilidad para la realización, y en consecuencia el placer que se experimenta en cumplirlo, siendo dable hacer todo rápidamente, pues también las células nerviosas y musculares se habitúan a funcionar en cierto sentido. Esta rapidez es sobremanera importante, ya que en la vida de relación nos vemos incensantemente obligados a ejecutar actos determinados que más bien hay que fiar a una rápida e indeliberada inclinación a lo bueno que a una elección producida por la reflexión madura y consciente.

5) El deporte. — Otro medio muy valioso para la formación de la voluntad radica en los deportes. Contribuyen desde luego a la salud corporal, estableciendo así un antecedente magnífico para nuestro propósito, pues un individuo sano es más susceptible que un débil enfermo de abrigar entereza y energía. El endurecimiento de los órganos conseguido por el ejercicio, la luz y el aire libre; el orden y disciplina a que hay que someterse durante el juego en común, el domi-

nio de sí propio para refrenar la paciencia, sobreponerse al cansancio, y aceptar los triunfos del contrario; la sobriedad que requiere el entrenamiento, la rapidez con que deben tomarse algunas decisiones, etc., contribuyen notablemente a enseñarnos a querer, y por tanto, la pedagogía los utiliza como elementos preciosos en la formación del carácter.

6) **Las pequeñas causas.** — Merecen especial atención para conseguir el objeto que nos preocupa, la multitud de pequeñas causas que generalmente pasan inadvertidas por conceptuarse de escaso valor y que sin embargo, aisladas son imperceptibles moléculas, pero reunidas forman el cristal de roca que es todo firmeza y luz, según cantó el poeta. Cuéntanse entre ellas, la puntualidad, el espíritu de observación, la cortesía, la aversión a la pereza, la lucha contra los caprichos y enfados para adquirir la ecuanimidad, la paciencia, la resolución, el orden en la distribución diaria del tiempo, respeto a las opiniones ajenas, prontitud para prestar un favor, cautela en el hablar y en el obrar, la intrepidez, la reserva o sigilo, y en fin, cuantas cualidades reclaman para su adquisición y desarrollo al dominio de sí mismo, y por consecuencia el ejercicio de la voluntad que actuando diariamente y a toda hora se va perfeccionando como facultad, y haciéndonos mejores.

Resumiendo diré: que poniendo en práctica los preceptos enumerados, así como las consecuencias lógicamente derivadas de ellos, es decir: con un conocimiento adecuado de nuestras capacidades, con diáfanos conceptos de las cosas a fin de obtener que las ideas-luces se transformen en ideas-fuerzas, que orienten vigorosamente las voliciones hacia un fin concreto y hondamente amado; con el ejercicio cotidiano y perseverante del afán de querer, haciendo hoy cuidadosa y puntualmente el trabajo de ayer, y mañana el de hoy, sin desmayos ni vacilaciones; con el endurecimiento del cuerpo que excluye todo linaje de molicie y de sensualismo que siempre aparece en los pueblos en el crepúsculo de su decadencia; con el anhelo sincero de reformarnos, suprimiendo hasta la más leve concesión a los enemigos; aprendiendo a dominarnos siempre, en toda ocasión y lugar, llegaremos a obtener una voluntad verdaderamente regia, soberana de nuestras pasiones y de las influencias exteriores, que encauzando unas y otras atinadamente, las haga concurrir a la realización del ideal esplendoroso presentado por el entendimiento. Cuando dispongamos de una voluntad firme obtenida mediante los esfuerzos reiterados de una educación que comprenda los postulados que enuncié, estaremos en aptitud de conquistar el **carácter**, de ser los artífices de nuestra personalidad, compareciendo ante el mundo como hombres verdaderamente dignos de este nombre, es decir, como seres que se mueven según sus convicciones y no al impulso voluble de las opiniones ajenas ni bajo la presión de intereses mezquinos. Podremos entonces desdeñar los halagos y las amenazas que intenten apartarnos de la senda del deber; saber decir **no** cuando nuestra conciencia así lo exija; sin eufemismos ni complacencias para nadie, y plasmar en el mármol de la realidad la efigie adorable de la verdad y de la justicia, de la belleza y del bien. Esta empresa no es par realizarla en un día, sino para cumplirla du-

rante la vida entera. Goethe, cinco días antes de morir, escribía a un amigo: "Nada tengo que hacer más urgente que desarrollar si me es posible, las aptitudes que me quedan, y luchar contra lo que hay en mí de engañoso y de erróneo". Y en el momento supremo de exhalar su último aliento aún exclamaba ardientemente: "¡Más luz! ¡Más luz!"

Antes de concluir deseo recordar, en demostración de la eficacia incontrastable de la voluntad, la inmarcesible parábola del autor de "Los Motivos de Proteo". Nos cuenta que había una inmensa pampa de granito, triste, desierta y fría. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco, erguido como un árbol desnudo. Tres niños ateridos, flacos y miserables, temblaban junto al viejo indiferente e imperioso que mostraba en la palma de su mano una semilla menuda. He aquí que tomó por el flojo percuzo a uno de los niños, y con voz comparable al helado silbo de una ráfaga, le dijo: "Abre un hueco para la simiente". "Padre, sollozó él, ¿cómo podré hacerlo si este suelo es raro y duro?" Muérdelo, contestó, y levantando uno de sus pies lo puso sobre el cuello lánguido del niño; y los dientes del pobre sonaban cortando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar. Pasó mucho tiempo, tanto, que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo. Entonces el viejo levantó al segundo niño y le dijo: "Junta tierra para la simiente". "Padre, preguntóle el cuitado, ¿dónde hay tierra?" "La hay en el viento, recógela". Y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas del niño, contra la dirección del viento que soplabla. Cuando la cavidad fue colmada de limo, el viejo echo en ella la simiente, y ordenó al último de los pequeños: "Haz de regar esa simiente". "Padre, ¿en dónde hay agua?" "Llora, la hay en tus ojos", contestó, y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundante vena de llanto. Pasaron los días y la simiente asomó sobre la haz de la tierra como un punto, luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas, hasta formar un árbol que tuvo tronco robusto y copa anchurosa y follajes y flores, descollando aún más alto que el viejo, indiferente e inmutable sobre la pampa de granito. Tales son los prodigios de la voluntad! A ella se deben las obras que ni el tiempo ni la envidia destruyen y que surgen como floración de milagro al conjuro de la paciencia hecha arte o disciplina científica; a ella se debe que las almas superiores, impregnadas de fragante espiritualidad, se constituyan en paladines de los valores morales en las épocas envilecidas por el materialismo insolente; a ella se deben, sobre todo, esas personalidades magníficas, que para honra y orgullo de la humanidad, viven siempre de pie, altaneras y dignas, como símbolos de la libertad eterna, y que pasan por su tiempo como una ráfaga de luz en cuyo seno vibrara el verbo candente de Isaías, clamando ante las seducciones y las amenazas, estas hermosas palabras que yo deseo grabar hondamente en el corazón de la juventud: "**Retrorsum non abii**", a pesar de todo, no retrocederé nunca!